

XAVERIO BALLESTER

Sobre el Origen de las Lenguas Indoeuropeas Prerromanas de la Península Ibérica¹

Published in *Arse*, 32/3 (1998/9), pp.65–82

Indoeuropeos en la Hispania prerromana

Si bien nuestra documentación actual de las lenguas indoeuropeas prerromanas de la Península Ibérica presenta numerosos aspectos oscuros, también presenta numerosos datos claros y suficientes para considerar como sólidamente establecida una serie de hechos. Para comenzar, está el hecho mismo de la existencia prerromana de un conjunto lingüístico indoeuropeo en la Península Ibérica. En el momento en que comienza la romanización, ese conjunto indoeuropeo ocupa aproximadamente un poco más de la mitad de la zona occidental de la Península, podría decirse casi toda la zona no mediterránea. Dada su eficacia y simplicidad demostrativa, tradicionalmente se utiliza el conjunto de topónimos en *-briga*², para ilustrar tal afirmación, la cual, por otra parte, podría confirmarse con otra serie de datos lingüísticos, tanto antroponímicos como de adicionales topónimos. La formación en *-briga* es típicamente céltica.

El celtibérico

En efecto poseemos textos, tanto en la escritura epicórica como en la latina, de una lengua indudablemente céltica, el celtibérico, y con rasgos característicos de las lenguas célticas como la desaparición de /p/ en posiciones inicial o intervocálica, rasgo fonológico enormemente singular y que, al límite, sólo tendría un remoto paralelo dentro del ámbito indoeuropeo en el paso de /p/ inicial a /h/ o aun su desaparición en la lengua armenia, pero en circunstancias que evidencian que se trata en uno y otro grupo lingüístico de hechos independientes. Además, lo que hoy conocemos del celtibérico hace a esta una lengua especialmente arcaica³. En los términos más estrictos, la lengua celtibérica ocuparía la cuenca media y superior del río Ebro así como sus territorios limítrofes, pero recientemente textos que, aunque breves, son perfectamente asimilables a la lengua celtibérica hasta ahora conocida, han sido encontrados en zonas más meridionales, en Extremadura y Andalucía.

El lusitano

La lengua lusitana, documentada fundamentalmente por tres inscripciones, es en toda apariencia también una lengua indoeuropea. La documentación del lusitano es, en

¹ El texto recoge parcialmente el contenido de la conferencia “La filología clásica prerromana en España: pasado, presente, futuro” pronunciado el 23 de marzo de 1999 durante las *XIV Jornadas de la Sociedad Española de Estudios Clásicos* (Valencia, 22–27 III 1999).

² Buena recopilación en M.L. ALBERTOS FIRMAT, “Los topónimos en *-briga* en Hispania”, *Veleia* 7 (1990) 131–46.

³ Vide J. GORROCHATEGUI, “El celtibérico, dialecto arcaico celta”, *Emerita* 62 (1994) 297–324.

general, posterior a la celtibérica, indudablemente no se trata de la misma lengua que la celtibérica, pero datos lingüísticos, como antropónimos y sobre todo topónimos, manifiestan claras similitudes con las lenguas célticas y frecuentemente con el celtibérico⁴. No obstante, el lusitano, así como una zona mayor que se extendería en dirección septentrional y también hacia oriente⁵, presenta /p/ en las mismas condiciones en las que el celtibérico y todas las otras lenguas célticas reconocidas la pierden. Nos encontramos así con el problema de que prácticamente todas las evidencias invitan a considerar el lusitano y los otros testimonios lingüísticos occidentales como célticos, pero que para ello se hace necesario explicar la presencia, el arcaísmo de /p/, única o, por lo menos, principalísima⁶ evidencia que para la Lingüística Indoeuropea tradicional sería un obstáculo real para su clasificación como lengua céltica⁷. Así, en rigor la Lingüística Indoeuropea tradicional sólo puede ofrecer una solución al problema: el lusitano no es una lengua céltica⁸.

Sudlusitano (o tartésico)

La documentación escrita más antigua de una lengua peninsular en términos absolutos pertenece a lo que cada vez más comúnmente es denominado *tartésico*, ya que corresponde con bastante precisión a la cultura tartésica de esas mismas fechas —entre los siglos VII y V— y, según la mayoría de los estudiosos, casi en esos mismos lugares, de modo que utilizar el aséptico término de *sudlusitano* puede resultar incluso excesivamente prudente. Lo que hoy podemos entender de las inscripciones sudlusitanas sugiere que estemos ante una lengua indoeuropea con secuencias (o desinencias) tan características de esta familia como probablemente [ios] o [enti]. El estudio de la antroponimia y especialmente la toponimia de la zona reforzaría esa impresión,

⁴ Recopilación de datos en J. UNTERMANN, “Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch”, *Veleia* 2/3 (1985/6) 67–9.

⁵ Vide F. VILLAR, “Los antropónimos en *Pent-*, *Pint-* y las lenguas indoeuropeas prerromanas de la Península Ibérica”, *Indogermanica et Caucasicas. Festschrift für K.H. Schmidt zum 65. Geburtstag*, Berlín–N. York 1994, 234–64.

⁶ Desde A. TOVAR (“L’inscription du Cabeço das Fráguas et la langue des Lusitaniens” *EC* 11 (1966/7) 237: “la présence du *p* étymologique est apparue comme un critère suffisamment solide pour opposer cette langue [...] au celtique historique”), pero ya J. UNTERMANN (“La varietà linguistica nell’Iberia preromana”, *AIQN* 3 (1981) 25) reaccionó postulando que “Forse è legittimo pensare a un dialetto celtico in cui la *p* sia mantenuta”.

⁷ El problema en realidad no es la presencia lingüísticamente incorrecta de /p/, sino, diríase, la posición *geográficamente incorrecta* del lusitano. Si esa misma documentación que poseemos para el lusitano, hubiese aparecido, por ejemplo, en alguna zona cercana a los Alpes, previsiblemente la Lingüística Indoeuropea tradicional consideraría tal documentación un testimonio de la primera rama separada del árbol céltico, de esa fase aún con /p/ que, por ser lenguas indoeuropeas, reconstruimos para las célticas. Ya UNTERMANN (*Veleia* (1985/6) 69): “Würde eine solche Serie von Vergleichen anderswo in der Alten Welt aufgestellt, käme man zweifellos zu dem Ergebnis, daß eine Sprache mit den Eigenschaften, die hier das Lusitanische hat, zur keltischen Sprachfamilie zu rechnen sei. Die indogermanistische Hispanistik hat diesen Schluß nicht gezogen: für sie ist das Lusitanische eine indogermanische Sprache außerhalb der keltischen Sprachfamilie, und sie kommt zu diesem Schluß, weil sie *ein* lautgeschichtliches Argument —die Erhaltung des *p* vor und zwischen Vokalen— höher bewertet als alle morphologische und lexikalische Evidenz”.

⁸ Vide K.H. SCHMIDT, “A Contribution to the Identification of Lusitanian”, J. DE HOZ ed., *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas paleohispánicas*, Salamanca 1985, 319–41; J. GORROCHATEGUI, “En torno a la clasificación del lusitano”, *Veleia* 2/3 (1985/6) 77–91.

evidenciando incluso elementos comunes a celtiberos y al resto del territorio indoeuropeo peninsular, especialmente con la zona lusitana y vetona⁹. Si a ello sumamos el material lingüístico indudablemente tartésico, la convergencia es aun más clara, ejemplo ilustrativo sería el nombre del célebre rey *Argantonio* (Αργανθώνιος), con una raíz *argant-* documentada en céltico mejor que en ninguna otra lengua y con todos los elementos perfectamente compatibles aun con el celtibérico¹⁰. Incluso el mismo nombre de Tartesos podría ser de origen indoeuropeo¹¹. Por lo demás, la presencia de *Celtici* y de elementos célticos en el sur de la Península está bien documentada para época romana¹². Parece que, aun con la mayor de las prudencias, provisionalmente la única conclusión que puede extraerse es esta: el sudlusitano podría ser una lengua indoeuropea y bastante afín a las célticas¹³.

El paleoeuropeo

No obstante, la presencia indoeuropea en la Península debe ser bastante anterior a la época de Argantonio, ya que también en ese territorio tenemos documentado el denominado *antiguo europeo* o *paleoeuropeo*¹⁴, es decir, un registro lingüístico documentado sobre todo por una hidronimia que se da de modo abundante para prácticamente la totalidad de Europa, siendo en la mayoría de estos territorios la única hidronimia antigua que ha podido encontrarse, y que hay que definir indudablemente como indoeuropea. Ese paleoeuropeo exhibe diversos elementos que colisionan con la lengua tradicionalmente reconstruida, como, por citar un ejemplo claro, la ubicua presencia de la vocal /a/, tal como aún podemos reconocer en ríos nuestros como *Arganza*, *Ara* o *Palancia* (*Pallantia*), este último ilustraría además, junto a —*nota bene*— la presencia de /p/, otro fenómeno de interés: el hecho de que el testimonio de ese antiguo *indoeuropeo* ocuparía una zona bastante más extensa que la zona indoeuropea en época inmediatamente prerromana, de hecho ocuparía prácticamente

⁹ M.L. ALBERTOS FIRMAT, “Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine”, *ANRW* II 29.2, 872–4; A.J. LORRIO, *Los Celtiberos*, Alicante 1997, 366 n12 y 368 n15.

¹⁰ Así, con ARCaNTa, *Arganto* (*-onis), *Argantioq(um)* y otros, pero sobre todo con un *Argantonius Miobrigensis* en Cáceres (M.L. ALBERTOS FIRMAT, “La Onomástica de la Celtiberia”, A. Tovar–M. Faust–F. Fischer–M. Koch edd., *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1979, 138; *ANRW* II 29.2 873–4; *vide item* J. UNTERMANN–D. WODTKO coll., *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997, 589). Cítese además el galo–latino ARGANTOCOMATERECVS del bilingüe de Vercelli.

¹¹ Así F. VILLAR, “Los nombres de Tartesos”, *Habis* 26 (1995) 243–70.

¹² Á. CAPALVO (*Celtiberia. Un Estudio de Fuentes Literarias Antiguas*, Zaragoza 1996, 107–23) ubica incluso la histórica Celtiberia ulterior en la provincia de Málaga y zonas limítrofes. *Vide item* L. BERROCAL–RANGEL, *Los Pueblos Célticos del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid 1992.

¹³ *Vide* especialmente J.A. CORREA, “Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o Tartesia)”, *Veleia* 6 (1989) 243–52; J. UNTERMANN, “Zum Stand der Deutung der ‘tartessischen’ Inschriften”, J.F. ESKA–R.G. GRUFFYDD–B. JACOBS edd., *Hispano–Gallo–Brittonica. Essays in Honour of Prof. D. Ellis Evans on the Occasion of his Sixty–fifth Birthday*, Cardiff 1995, 244–59.

¹⁴ Cuyo reconocimiento es mérito principalísimo de H. KRAHE (*Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie*, Wiesbaden 1962; *Unsere ältesten Flußnamen*, Wiesbaden 1964, etc.).

toda la Península, con la excepción de la zona más meridional¹⁵, penetrando en zonas (como Valencia o Cataluña) que *posteriormente*, al menos en época inmediatamente prerromana, aparecen ocupadas por hablantes no indoeuropeos¹⁶.

El modelo tradicional

Para la Lingüística Indoeuropea tradicional el indoeuropeo era una lengua hablada en una reducida zona de Europa oriental hacia el III milenio (máximo IV) antes de Cristo. La versión más popularizada de esta hipótesis adscribe la primitiva lengua-madre indoeuropea a la denominada cultura de los curganes, en la Ucrania oriental. Así, los celtas no serían, en definitiva, más que unos invasores en la Europa occidental de la Edad del Hierro o poco antes, fundamentalmente caballeros que habrían atravesado toda Europa para bifurcarse, en algún lugar cercano a los Alpes, en dos direcciones: hacia el norte, hasta las Islas Británicas, y hacia el sur, hasta la Península Ibérica. En ese impreciso lugar alpino el conjunto de los celtas habría perdido —por razones, por cierto, nunca dilucidadas— una consonante tan cardinal como /p/. En época casi inmediatamente posterior, los celtas se dirigen desde el Occidente europeo hacia el Oriente, pero esto ya no es hipótesis, sino hechos constatados. De modo que, en la perspectiva tradicional, los celtas, tras llegar a los diversos Finisterres atlánticos, como en una especie de efecto de rebote —un proceder bastante extraño—, habrían tendido a regresar a su *cuna ancestral* (o *Urheimat*), volviendo sobre sus pasos para dirigirse otra vez a Oriente, al norte de Italia y aún al centro de Asia Menor.

No es necesario aquí realizar una crítica de una hipótesis cuyas motivaciones pueden ser lingüísticas, pero cuyas consecuencias son casi estrictamente arqueológicas, por lo que corresponde a esta disciplina la verificación de tal hipótesis. Pues bien, ya hace muchos años los arqueólogos han demostrado lo ficticio de tal teoría, ni existen tales invasiones, ni en esa época existe cultura alguna que pueda explicar invasiones simultáneas (o casi) tan importantes y en tantas y tan variadas direcciones.

Arqueología: ¿invasiones? no, gracias

Hace unos años la cuestión del dónde y cuándo se habló la lengua-madre indoeuropea fue abordada en todas sus implicaciones por un arqueólogo contemporáneo,

¹⁵ El estudio básico es el de J. DE HOZ, “Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica”, *Emerita* 31 (1963) 227–42, quien señala la convergencia de ciertos datos teonímicos (241–2).

¹⁶ Corolario de ello, aunque ajeno a nuestra argumentación, es la posibilidad de que el ibérico sea en la Península una lengua advenida con posterioridad al advenimiento de las indoeuropeas (justamente lo contrario de la doctrina tradicional). Aunque ahora ha quedado claro que no hay vinculación entre campos de urnas y celtas en la Península Ibérica, sino, en todo caso, entre campos de urnas e iberos, nadie se ha apresurado a postular la invasión, desde el norte, de los iberos (justamente lo contrario de la doctrina tradicional), sin embargo en rigor el argumento es el mismo y “los Campos de Urnas del Noroeste dan paso sin solución de continuidad a la Cultura Ibérica” (LORRIO, *Los Celtíberos...*31, ítem 371–5). Un ejemplo más de la familiaridad aquí de nuestros prejuicios, tanto más cuanto una buena cantidad de datos lingüísticos (que álibi exponemos) manifestaría que, en todo caso, es indoeuropeo el substrato lingüístico que puede reconocerse para el ámbito ibérico peninsular (de lo que precisamente *Pallantia* o *Saguntum* podrían ser buenos ejemplos), mientras que no parece posible la situación inversa, esto es, detectar substrato ibérico en el ámbito indoeuropeo peninsular. Hoy por hoy y objetivamente considerados los datos, ha de reconocerse que para la Península Ibérica en general lo antiguo es lo indoeuropeo.

y uno de los más prestigiosos, COLIN RENFREW. En esencia, la respuesta de RENFREW es esta: la lengua–madre se habló en el centro de Anatolia hacia el 7.000 a.C. y la expansión de las lenguas indoeuropeas se explica como un fenómeno asociado a la expansión de la agricultura, diríase, a la neolitización. Por fin, pues, obtuvimos un intento de explicación real y realista del enigma de tan asombrosa expansión, algo mucho más creíble y refutable que belicosos —pero invisibles— invasores con carros y cuadrigas. De modo casi unánime, sin embargo, la teoría *arqueológica* del *arqueólogo* RENFREW ha sido rechazada por los lingüistas, quienes, entre otras cosas, han negado la posibilidad de fechas tan tempranas para la *diáspora*. Curiosamente la *fecha de caducidad*, por decirlo así, del método histórico–comparativo, hasta el 3.000 o 3.500 a.C. coincide sorprendentemente con la fecha en la que, según la mayoría de los practicantes de ese (y sólo ese) mismo método, se hablaba la lengua–madre. Más allá —advierten— de esas columnas de Hércules no se puede navegar: *non plus ultra*. También a nosotros nos parece insatisfactoria la teoría de RENFREW o, más exactamente, insuficiente, ya que, de modo general, ahora sucedería el fenómeno inverso, si la teoría aceptada por los lingüistas indoeuropeos tradicionales no es congruente con los datos arqueológicos, la teoría arqueológica de RENFREW no es congruente con los datos lingüísticos (y, a veces, ni antropológicos). Pongamos el ejemplo de la indoeuropeización (± neolitización) de la Península Ibérica. Los agricultores celtas se habrían bifurcado esta vez en el sur de Francia (donde está más antiguamente documentada la agricultura para el occidente europeo), de ahí un grupo, el menos numeroso (pero, sin duda, más perspicaz), habría escogido el camino del cálido y fértil sur, mientras que, de modo apenas explicable, la mayoría de estos agricultores (peor aleccionados) se habrían dirigido hacia las frías y mucho menos productivas tierras del norte, una elección bastante sorprendente. Ya en la Península, sorprende otra vez la decisión de los indoeuropeos = celtas = agricultores de cultura, demografía y medios muy superiores a los cazadores, pues que, tras atravesar los Pirineos sin dejar rastro arqueológico, en vez de dirigirse a la fértil zona mediterránea, se dirigen al interior, a la España más abrupta y menos apta para la agricultura¹⁷. En todos los casos es como si estos indoeuropeos agricultores lo que quisieran no hacer fuera precisamente eso: agricultura.

Con todo, un mérito claro de RENFREW es haber afrontado honestamente una evidencia arqueológica: en las fechas previstas no hay indicios de un poblamiento tan importante, sino, como en general para el Neolítico (y para toda Europa), continuidad de población¹⁸. RENFREW es consciente de las dificultades y para el caso céltico, en

¹⁷ Es obvio que en la escenografía que se nos propone, en términos históricos (y lingüísticos, creemos nosotros) el papel de agricultores cuadraría mucho mejor a los iberos (precisamente no indoeuropeos!).

¹⁸ Ilustrativo ejemplo es el del denominado “Hombre de Cheddar”, esqueleto de unos 9.000 años procedente de una localidad así llamada del suroeste británico —zona, pues, *céltica*, por cierto— y a quien se le extrajeron 300 fragmentos de ADN, 299 de los cuales vinieron a coincidir con los de un asombrado vecino actual de esa zona. Por otra parte, algunos arqueólogos han hecho notar que la agricultura fue desarrollada por poblaciones indígenas, no por inmigrantes. Naturalmente, si quedara fehacientemente demostrado que en Europa la expansión de la agricultura se debiera básicamente a una difusión cultural y no a un movimiento démico, la teoría de RENFREW perdería su fundamentación. Por otra parte, es curioso que la poligénesis de la agricultura se produce cuando todo el planeta habitable ha quedado ya ocupado por nuestra especie. En cierto sentido, pues, y *pace* RENFREW, la agricultura no sólo es causa de aumento demográfico, sino también su consecuencia.

concreto, habla de *celticidad acumulativa y recíproca*¹⁹, expresión de la que se puede directamente deducir las dificultades de explicar uno de los más grandiosos problemas de los estudios indoeuropeos, la cuestión céltica²⁰.

Paradojas y aporías

En la escenografía propuesta por la Lingüística tradicional son varios los problemas o, por lo menos, paradojas que se presentan, por ejemplo, la clasificación del lusitano²¹ o la del paleoeuropeo.

En efecto, pese a las evidencias, en el marco tradicional difícilmente puede defenderse que el lusitano sea una lengua céltica, ya que ello supondría o bien que la desaparición de /p/ fue una coincidencia extraordinaria para todas las demás lenguas célticas una vez separadas y a veces a miles de kilómetros de distancia, o bien que, después de haber perdido la /p/ junto con los demás dialectos célticos en ese lugar (tradicionalmente centroeuropeo) donde se produjo la separación, el lusitano habría espontáneamente recuperado la /p/ y, en una coincidencia casi milagrosa, exactamente allí donde estuviera antes.

En cuanto al paleoeuropeo, este continúa siendo una especie de fantasma incómodo²² para la Lingüística Indoeuropea tradicional, uno más de esos casos donde aparece justamente lo contrario de lo previsto, en vez de sonoras aspiradas, labiovelares o laringales sin cesar, simplemente una doble serie oclusiva y /a/. En rigor la interpretación debería ser bien simple: si el paleoeuropeo es indoeuropeo, no debe representar otra cosa que un estadio arcaico del mismo y, por supuesto, con /p/ y /a/ (pero sin /o/²³).

En el caso de la Península Ibérica el problema es aun más patente. Expongámoslo así: la teoría tradicional predice que la Península debería ser el lugar con menos y más recientes indoeuropeos y, cada vez poseemos más datos que apuntan a una mayor y más

¹⁹ Para RENFREW (*Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, trad. M.J. Aubet, Barcelona 1990, 193–201) ese proceso de celticidad “supone una población de habla indoeuropea en Francia, en Gran Bretaña y en Irlanda, y probablemente en gran parte de Iberia también, anterior al 4000 a.C.” (198).

²⁰ “if we are honest, we have to admit that, for all theorising, we do not know where the earliest homeland of the Celts was situated or where and how the Celtic languages had their origin”, así D.E. EVANS (“The identification of continental Celtic with special reference to Hispano-Celtic”, J. Untermann–F. Villar edd., *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1993, 567).

²¹ EVANS (en Untermann–Villar, *Lengua y cultura...595*) define como *intractable problem* la evidencia lusitana.

²² “que pide una explicación sin que hasta la fecha ninguna de las propuestas sea plenamente satisfactoria”, así J. DE HOZ, “Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica”, en M. Almagro–Gorbea dir., *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid 1993, 389.

²³ En la propuesta de F. VILLAR, “Indo-European /a/ and /o/ revisited”, *Comparative Historical Linguistics. Indo-European and Finno-Ugric. Papers in Honor of O. Szemerényi III*, Amsterdam (Phil.) 1993, 139–60; *Los Indoeuropeos y los Orígenes de Europa. Lenguaje e Historia*, Madrid 1991, 164–9. Aunque el dato no es trascendente para la cuestión, creemos previo al sistema de cuatro fonemas vocálicos propuesto por VILLAR un sistema con /a i u/ (/ > a i u e > a i u e o/).

antigua indoeuropeización. En suma, la impresión que obtenemos para la indoeuropeización de la Península Ibérica desde la perspectiva tradicional es la de que todo está al revés de lo esperado. Donde se esperaría una capa reciente, aparece antigua; donde se esperaría un elemento innovador, aparece arcaico; donde se esperarían menos testimonios, aparecen más.

Tipología (y Genética): la afinidad céltica–afroasiática

Por otra parte, las lenguas célticas —la única familia indoeuropea reconocida unánimemente para la Península Ibérica— presentan además una característica bien especial: la afinidad tipológica que guardan y con las lenguas afroasiáticas (especialmente las camíticas y semíticas, las más próximas geográficamente), y con otras lenguas —indoeuropeas o no— del occidente (antiguo y moderno) europeo, ya que una serie de rasgos diversos relacionaría, en un vasto pero histórica y geográficamente más bien contiguo territorio, al menos tres familias lingüísticas diversas, la céltica indoeuropea, la aquitánica y la suprafamilia afroasiática. Las características comunes a las familias céltica y semítica ya han sido bien expuestas por J.C. MORENO CABRERA²⁴, según este serían, en esencia, el uso de cambios fonéticos como índices morfológicos y sintácticos, la pluralificación multiforme e irregular del sustantivo²⁵, la existencia de nombres verbales, de preposiciones con flexión personal, el orden sintagmático básico de verbo – sujeto – objeto, la laxitud en la concordancia entre sujeto y verbo, la existencia de una conjugación y modelo oracional impersonales, y el uso de oraciones nominales con preposiciones de flexión personal en vez del verbo “tener”²⁶. En la

²⁴ *Introducción a la Lingüística. Enfoque tipológico y universalista*, Madrid 1997, 77–97.

²⁵ La pluralidad de plurales se manifiesta bien en lenguas como el árabe, bereber o bretón. En bereber los dos modelos básicos de formación de plural —y no excluyentes— son el llamado “plural fracto”, con alternancia vocálica, y la sufijación. Por otra parte, aunque el proceso diacrónico hace, como en las lenguas germánicas, aún transparente su origen fonético en la metafonía vocálica (muy probable también para el bereber) la mutación vocálica —plural fracto, pues— sincrónicamente se da también en céltico (bretón *maen* “piedra” plur. *mein*, irlandés *bad* “barca” plur. *báid*) y, lógicamente, en las lenguas germánicas, donde es frecuente el fenómeno de la metafonía.

²⁶ Pueden añadirse otras afinidades como la sintaxis relacionada con los numerales, así el modelo bretón de, por ejemplo, *eizh vloaz ha daou ugent* “48 años”, literalmente “ocho año y dos veinte”, con inserción del sustantivo entre las unidades y decenas, se da también en el tamacheque o tuareg bereber (MALHERBE, *Les Langues de l’humanité. Une encyclopédie des 3000 langues parlées dans le monde*, París 1983, 70). En bretón el numeral va acompañado por un nombre en singular, así *deg vloaz* “diez años” (lit. “diez año”), tal como en vacuence, así *bost seme* “cinco hijos” (lit. “cinco hijo”), o en somalio con un masculino en singular. En mayor o menor medida, resulta visible un modelo vigesimal para el francés, bretón, galés, y vacuence. La tendencia a distinguir género gramatical en los ordinales está en bereber y céltico (así en galés *dau / dwy* “2”, *tri / tair* “3”, *pedwar / pedair* “4”). También cabría señalar una especie de tendencia a la atomización verbal, con gran cantidad de auxiliares y partículas, clara en vacuence y céltico. En el capítulo fónico, cítese al menos la tendencia a cierta indistinción de /m/ y /b/. El ibérico, en general, no parece distinguir tales fonemas tendiendo a tratar [(V)mV] como [(V)bV]. En aquitano [m] aparece como variante de [b], como en vacuence patrimonial, o bien es fonema de baja frecuencia (J. GORROCHATEGUI, “La onomástica aquitana y su relación con la ibérica”, en Untermann–Villar, *Lengua y cultura...*616). Las diversas lenguas célticas suelen manifestar tratamientos en los que /m/ y /b/ se equiparan, así en galés /f/ es resultado común de la lenición de /b/ y /m/. En la mayoría de los dialectos romances de la Península Ibérica hay intercambios populares de /m >< b/, como en sudarábigo o amárico. Por supuesto, algunos de estos rasgos, como se ha venido indicando, son compartidos por otras familias lingüísticas, pero lo significativo es el gran número de convergencias que se dan entre el grupo afroasiático y las lenguas del territorio atlántico europeo.

actualidad no estamos en condiciones de verificar ninguna de estas características para el céltico peninsular, entre otras cosas, porque nuestra documentación es insuficiente, pero ha de reconocerse que, por cuanto hoy sabemos, el celtibérico (la mejor documentada de las lenguas indoeuropeas prerromanas de la Península) no parece poseer algunas de estas características, como, en concreto, el orden sintagmático de verbo – sujeto – objeto.

En cuanto a la explicación de tales afinidades pueden deberse a dos causas principales, MORENO²⁷ excluye contactos geográficos o genéticos y concluye que es la preferencia a presentar procesos (antes que estados o acciones) y su manifestación más conspicua, el orden verbo – sujeto – objeto, el factor que, como en cascada, implica la presencia de los otros. Hay que objetar que se ve mal cómo alguno de los rasgos, verbigracia, el de pluralidad de plurales, puede estar condicionado por el orden sintagmático²⁸. Asimismo tampoco resulta evidente la dependencia del orden sintagmático en otros rasgos que podríamos agregar, como la secuencia nombre – artículo – nombre para el grupo nominal determinado – determinante²⁹. En cualquier caso y en la circunstancia de menor número de afinidades, habría que explicar —si fuere pertinente— la coincidencia en el orden sintagmático para ambos grupos de lenguas. Así las cosas, objetivamente hay que considerar, *pace* MORENO, al menos todavía abierta la posibilidad de explicar tales afinidades por contacto.

Queda además como dato objetivo el de la singularidad tipológica del céltico mejor conocido, singularidad tal en relación a las otras lenguas indoeuropeas que propició que en sus inicios las lenguas célticas no fueran clasificadas como pertenecientes a esta familia. Por otra parte, la cuestión de la afinidad entre las lenguas célticas y afroasiáticas se ha revitalizado más recientemente en razón de los resultados de los estudios genéticos, los cuales han relevado, por una parte, cierta homogeneidad del occidente atlántico europeo y, por otra, conexiones con las poblaciones norteafricanas, especialmente las de la Península ibérica³⁰.

²⁷ *Introducción...76 y 92–7.*

²⁸ Y quizá tampoco haya que ver tanta singularidad en el empleo de cambios fonéticos (no desinenciales) como índices morfosintácticos (cuyo condicionamiento por parte del orden sintagmático tampoco resulta evidente), fenómeno que vemos en otras lenguas y cuyo origen puede quedar suficientemente bien explicado desde la propia fonética.

²⁹ Céltico y semítico comparten, en efecto, el modelo de complemento por artículo, así el galés *pen y rhiw* “la cima de la montaña”, literalmente “cabeza la montaña” se corresponde cabalmente con, por ejemplo, hebreo *qol ha ‘elohim* “la voz de Dios” (lit. “voz el Dios”). Este modelo está bien documentado en la toponimia galesa y bretona (F. FALC’HUN, *Les noms de lieux celtiques*, Ginebra–París 1982, 161–3). Bereber y céltico convergerían en el sistema de pronombres in/sufijados como objetos de verbos (H. WAGNER, “Common Problems Concerning the Early Languages of the British Isles and the Iberian Peninsula”, F. Jordá–J. de Hoz–L. Michelena edd., *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1976, 397). Vascuence y céltico presentarían también paralelismos en la formación de meses y estaciones, como para “otoño” vasc. *negu-aitzin* (lit. “preinvierno”) e irl. *fo-gamar* (lit. “subinvierno”, cf. WAGNER, en Jordá–de Hoz–Michelena, *Actas del I Coloquio...407*).

³⁰ Para la afinidad euroccidental basta mencionar la alta frecuencia de *rh* negativo en toda esa zona. El norte de África quedaría conectado por un haplotipo común a aquella zona (y a los austríacos). Nótese que la aquí postulada discontinuidad lingüística de los lusitanos coincide con cierta singularidad genética de los portugueses (cf. A. ARNAIZ ET AL., “Relatedness among Basques, Portuguese, Spaniards, and Algerians studied by HL allelic frequencies and haplotypes”, *Immunogenetics* 47 (1997) 37 y 42).

La cuestión indoeuropea... y altaica, y urálica, y amerindia...

En relación al origen de las lenguas indoeuropeas, mérito de RENFREW es haber asociado expansión tan extraordinaria a un fenómeno tan extraordinario como el de la invención de la agricultura, un hecho que sucedió de modo independiente en varios lugares del planeta y en términos macrocronológicos casi simultáneamente, además en una época recentísima, hace menos de 10.000 años, pero el problema no es tan sólo que en el caso indoeuropeo no haya congruencia con los datos lingüísticos y no lingüísticos, sino que, al límite, explicaría la expansión de dos o tres conjuntos lingüísticos más, pero no de muchos otros, de casi todos. En efecto, hoy sabemos que el conjunto indoeuropeo no ocupa una extensión excepcionalmente grande, la extensión de las lenguas altaicas, urálicas, afroasiáticas, o amerindias es perfectamente comparable a la indoeuropea (a veces incluso mayor) e igualmente sorprendente. Así parece en principio bien fundamentada la sospecha de que la explicación de tales expansiones pueda ser una y la misma para todos (o la mayoría de) los casos. Es además evidente que no puede postularse una especial vinculación de, por ejemplo, urálicos o altaicos a la agricultura (¡ni a la equitación!), ese fenómeno que tan recientemente revolucionó la vida de la mayoría de los habitantes del planeta. Acaso necesitemos una explicación auténticamente *planetaria*.

En realidad, de los, según los últimos estudios, como mínimo 100.000 años en los que gente como nosotros habita este planeta, sólo en los últimos diez mil años —y todavía no para todos los habitantes del globo— nos hemos convertido en ganaderos y agricultores, el resto del tiempo el hombre ha pertenecido a un tipo de sociedad más viajera, pero menos cambiante, estabilísima culturalmente —con probabilidad también lingüísticamente—, pero movilísima físicamente. El Neolítico —esa, como máximo, final y décima parte de nuestra vida— puede resultar un espacio demasiado breve para buscar allí la explicación de las divisiones lingüísticas.

(Paleo)geología: glaciación y deglaciación

El Paleolítico concluye en todo el planeta con el acontecimiento climático más importante en la vida del hombre anatómicamente moderno, un acontecimiento también recentísimo, que —y esto no es una metáfora— cambia totalmente la faz de la tierra: el fin de la última glaciación. Esta comenzó hace unos 70.000 años, entró en la fase más fría hacia el 25.000 a.C. y alcanzó su momento álgido hacia el 18.000 a.C., cuando las temperaturas fueron una media de 15 grados más bajas que las actuales. A la sazón la caza era abundantísima y variada, y además escasa la competencia en una Europa meridional, la única habitable para unas probablemente pocas decenas de miles de europeos como nosotros, pues para entonces el *sapiens sapiens* era el único homínido superviviente sobre el planeta. Hace unos 10.000 años comenzó el último período interglacial, en el cual actualmente nos encontramos.

Entre las más importantes consecuencias de las glaciaciones están la disminución de las lluvias y sobre todo el descenso del nivel del mar, ya que los casquetes de hielo polar absorben y retienen el agua. Cuando la glaciación concluye (*deglaciación*), los casquetes, al derretirse, liberan el agua, inundando valles y tierras. De modo general puede estimarse en 100 metros la diferencia del nivel del mar en período glacial o interglacial. La deglaciación significa un cambio prácticamente total del clima, ecosistema y geografía terrestres, a veces pasar de la selva tropical al desierto, o a la

tundra. Europa no fue una excepción. En la fase más gélida, la mayor parte de las Islas Británicas estaba cubierta de hielo y la parte restante estaba conectada con el continente. El Adriático apenas existía. Muchas islas en el Mediterráneo estaban o separadas por pequeños brazos de mar o conectadas directamente entre sí o con el continente. El Mar Negro era un lago de agua dulce casi la mitad de grande que en la actualidad, pues Europa y Asia estaban ampliamente unidas, dejando el Mar de Mármara reducido a un lago interior o a un canal. Parecidamente África y Europa estaban mucho más cerca, no sólo por Gibraltar, sino también por Túnez y Sicilia. Al cambiar el ecosistema algunos animales (mamutes, rinocerontes lanudos...) desaparecieron, mientras otros (ciervos, bisontes o jabalíes...), siguieron la expansión de los bosques caducifolios que desde la entonces templada Europa mediterránea se iban extendiendo hacia el norte. Una buena parte de Europa, como Escocia o el conjunto de Escandinavia, fue poblada entonces por primera vez en términos absolutos, y una gran parte de Europa lo fue por primera vez por miembros de nuestra especie. Es así perfectamente lógico suponer que fueron estos quienes pusieron nombres a los ríos, elemento de la naturaleza básico para ellos, y para su subsistencia y para sus desplazamientos. A la pregunta de qué lengua hablaban estos cazadores-recolectores que viajaban hacia el norte y que apenas podían dejar otros testimonios lingüísticos (fidedignos) que hidrónimos u otros nombres de la naturaleza (ya que, naturalmente, no disponían de ciudades, siendo campamentos estacionales sus residencias más estables), hay que responder que, puesto que la hidronimia que encontramos es paleoeuropea, *ergo...*

Hacia el 13.000 a.C. lo peor de la glaciación había pasado. Con el aumento de las temperaturas los glaciares comenzaron a derretirse, las lluvias se hicieron más abundantes y el nivel del agua en los océanos comenzó a subir. Extensos vados quedaron inundados, como el Mar del Norte (e istmo de Bering, golfo de Siam, plataforma de Sahul...). Por acción de la lluvia los desiertos decrecieron, como en el caso del Sájara, creándose incluso condiciones húmedas, aunque por un período relativamente breve. Hacia el 8.000 a.C. las temperaturas eran como las de hoy en día y la geografía como la actual, pero para entonces en la Península ibérica...

Indoeuropeos en la Península Ibérica

Pequeños grupos de cazadores y recolectores (y recuérdese que el grupo incluye especialmente a pescadores y marisqueros) y hablantes de lo que después serían lenguas célticas debieron penetrar en la Península Ibérica en el Paleolítico Superior, y antes, pues, del 8.000 a.C. Probablemente arribaron desde África e indudablemente cruzando el mar, ya que la Península nunca estuvo unida al continente africano, aunque en época glacial la distancia era mucho menor y, en concreto, por su tramo más corto, el Estrecho de Gibraltar, pudieron emerger uno o dos islotes. Si fue así, los recién llegados, siguiendo sus objetos de alimentación, avanzarían por las costas o por el interior, sirviéndose aquí preferentemente de las cuencas fluviales, para ir extendiéndose progresivamente hacia el Norte poniendo nombre a ríos y otros lugares. La hidronimia paleoeuropea sería hoy nuestra primera documentación de su presencia. A la espera de un mayor conocimiento del sudlusitano, la hipótesis más simple hace compatibles los datos con una única entrada de indoeuropeos, los cuales, al menos en la zona occidental no encontraron otros pueblos. Como el resto de los indoeuropeos primeramente no distinguían /a/ de /o/ y mantenían la consonante cardinal /p/, esa fase sería la documentada por el testimonio paleoeuropeo, de lo que podemos deducir que ocuparían también al menos las regiones valenciana y catalana. Posteriormente, la lengua de los

indoeuropeos peninsulares habría fonematizado las alofonas [o] y [ɔ]³¹ para distinguir /a/ de /o/, esa fase estaría documentada por el testimonio lusitano.

El elemento /p/ fue perdido en la Península Ibérica, el fenómeno, por tanto, es espacial, ya que ni el antiguo aquitano³² ni el ibérico disponen de /p/ en absoluto³³, y en la mayoría de los pocos casos donde aparece documentada para esas lenguas, esa /p/ se deja explicar bien como alofónica (de /b/) o como xenofónica. Por fin, aquí sí (y no junto a los Alpes) encontramos causas objetivas para tan singular tratamiento. Hoy por hoy, no podemos delimitar cuál —si es que sólo uno— fue el motivo primario del cambio, si el propio céltico o bien el aquitano³⁴ o bien el ibérico, pero las opciones exógenas parecen objetivamente superiores por razones obvias. Además, ello es congruente con el hecho de que el lusitano, sin contacto con las dichas lenguas, mantuviera la /p/. Las demás lenguas célticas procederían de aquel estadio de lengua, de aquella *aduan* peninsular, pirenaica o cispirenaica, aquitana y/o ibérica sin /p/ y atravesada en una fecha antigua que hoy desde la Lingüística no podemos precisar. El contacto con lenguas anindoeuropeas —ya del grupo afroasiático o de otro— pudo producirse bien en la misma Península (o Europa), bien anteriormente en África. Actualmente no es posible dar una respuesta concreta a esta cuestión, ya que ni el testimonio indoeuropeo, por una parte, ni, mucho menos, el testimonio anindoeuropeo prerromano de la Península Ibérica permiten por el momento precisar sus características. Ha de notarse, no obstante, que *hactenus* el material indoeuropeo reconocible y, en concreto, celtibérico no presenta las características *a lo afroasiático*³⁵ de las lenguas célticas extrapeninsulares. En ese contexto la hipótesis más simple presentaría al menos la zona aquitánica–ibérica, la misma también sin /p/, como el lugar del posible contacto lingüístico *afroasiático*³⁶ o, por lo menos, anindoeuropeo³⁷. Nótese también que en la hipótesis de un contacto en

³¹ Como para la mayor parte de las lenguas europeas procediendo probablemente en muchos casos [ɔ] de /á/ y /ua/ o de /u/ ante consonantes continuas, y [o] sobre todo de /au/.

³² J. GORROCHATEGUI, *Estudio sobre la Onomástica Indígena de Aquitania*, Bilbao 1984, 374; en Untermann–Villar, *Lengua y cultura...*616.

³³ A título de inventario nótese que en árabe, como en general en semítico meridional, la */p/ protosemítica pasó a /f/, por lo que el árabe clásico, como en general las lenguas bereberes, no dispone de /p/, sino de /f/.

³⁴ Teóricamente esta parece la opción mejor. El aquitano ocupa un territorio que ofrece mayores posibilidades de contacto a grupos que se dirigieran hacia el norte, geográficamente aparece, pues, más *obiter*, más en el camino. Asimismo la general coincidencia espacial entre el territorio aquitánico (Pirineos–Garona) y el de la pintura rupestre de época glacial (Pirineos/Cantábrico–Garona) y la continuidad cultural de la región favorecen la idea de una mayor antigüedad aquitánica en la zona, mientras que, como se mencionó, algunos indicios sugieren que la presencia ibérica pueda no ser tan antigua en la Península Ibérica, donde históricamente son una cultura aún en expansión cuando desembarcan los romanos.

³⁵ *Scilicet* características que vemos también en el conjunto afroasiático, sin que, lógicamente, por ello tengan que ser exclusivas de dicho conjunto.

³⁶ En esa línea pero en concreto para el vascuence incidió el último A. TOVAR (*Estudios de Tipología Lingüística*, Madrid 1997, 47–144, esp. 62 y 113). Marginalmente nótese que no hay indicios para el aquitano de procedencia meridional en la Península Ibérica, sino evidencias de su procedencia septentrional.

³⁷ En efecto, puesto que los tipos lingüísticos cambian —y hasta substancialmente— con el paso del tiempo, la afinidad con el afroasiático o con cualquier otro conjunto lingüístico, puede ser estrictamente tipológica, lo trascendente, en efecto, es la detección de un elemento exógeno, anindoeuropeo, y la existencia de un fenómeno de contacto.

suelo africano, en lo que respecta a las lenguas célticas extrapeninsulares la conclusión sería la misma: esas lenguas procederían de la Κελτικῶ, es decir, de la Península Ibérica. Cada vez, pues, parece más fundamentado el *temor* expresado en su día por UNTERMANN con estas palabras: “Ich fürchte, eines Tages werden die Keltisten lernen müssen, mit dem *p* zu leben”³⁸.

³⁸ *Veleia* (1985/6) 74.